

ALQUIMIA CREATIVA

El arte es aventura, exploración y, a veces, descubrimiento.

La expedición por la invención plástica es un luminoso y sistemático viaje originario del dibujo, la pintura o la escultura.

Comienzo con la selección de materiales afines, que me permitirán dar forma a mi visión interna. Fundirlos con la imaginación es lo que dará vida a la obra.

Me motiva trabajar sobre un dúctil papel de algodón grueso, una tela de lino preparada con arena o unos flexibles kilos de arcilla para escultura.

El trabajo y el tiempo me dan la posibilidad de mediar entre el ritmo y la aprehensión del espacio. Después de descubrir el horizonte que usaré para trabajar, lentamente se van gestando posibilidades, marcando límites, gestualizando símbolos, traduciendo manchas o impulsos de formas instintivas, mientras aplico materia y exploro la sugerente topografía del campo de trabajo.

Y comienzan las preguntas, y las dudas... Borro lo descubierto, elimino el punto de partida, cambio las formas sugeridas, se producen encuentros fortuitos, raspo texturas que ya no sirven, si estoy trabajando sobre papel recorto lo que me sobra y si me hace falta lo agrego, o añado tela, y agrando el radio... Y todo de nuevo: las observaciones anteriores cambiaron, el enfoque es otro, los espacios se modificaron, y los laberintos de formas se ajustan con los colores buscando el equilibrio. Las formas no están **en**, ni **sobre** ni **dentro** del espacio, sino que ellas mismas crean su propio espacio. Los actores del cuadro no son ni la figura humana ni las abstracciones, es la conversación silenciosa de las formas, las líneas, los volúmenes, encajando unos en otros, transformándose de a poco en un diálogo entre la obra y yo.

Una vez que el proceso del tiempo ha decantado la visión, meditando lo ya hecho, mirando inesperadamente desde el fondo del ojo, veo que la obra se mueve, se enciende, y el asombro, como el rayo en medio de la tormenta, despierta una nueva posibilidad para que la figura habite el espacio recién conquistado. El dibujo, el modelado, los colores, la textura,

los volúmenes, todo se resuelve en una energía reconcentrada que, subterráneamente, va haciendo nacer la obra.

La metamorfosis de la pasta cerámica también es una aventura. Las manos, rítmicamente autónomas, van armando el volumen espontáneamente. Levanto paredes que se transforman con rapidez en volúmenes germinales y que recuerdan cabezas humanas, formas similares a las que habitan mis pinturas. Luego de semanas, cuando la estructura ya está balanceada y más seca, voy apaleando desde el interior. Los rasgos van despertando lentamente desde adentro de la masa, y aparecen grietas, se manifiestan las cicatrices del proceso, y yo voy adaptando los accidentes de la construcción, enriqueciendo la forma.

Brotan las facciones. Siempre empujando, moviendo la pasta en dirección hacia la abstracción, reduciendo, simplificando el género y los datos anecdóticos a un mínimo de signos, hasta lograr un anonimato completo, creando así un ícono de una testa universal.

Llega el momento en que el volumen asentado sólo espera el soplo vital, y eso lo da la quema del horno de alta temperatura. La llama que abrasa la cabeza por algunos días. El fuego termina la obra, petrifica la materia y muestra la huella del proceso alquímico del material, del barro a la cristalización.

La piel de estas esculturas, tatuadas por la energía del fuego, inmediatamente nos conecta con tradiciones de la cerámica: la costra energética que envuelve a estas cabezas me comunica la fuerza y el misterio del tiempo. También me interesa que la epidermis de las pinturas respire, que la cualidad matérica transmita la energía vibrante del pigmento de color saturado, trabajado por capas superpuestas, y que arma la trama de la obra desde el núcleo.

BENJAMÍN LIRA V.
Académico de Número
Academia Chilena de Bellas Artes